

Aficionado a las tertulias desde el Tímpano de una Colegiata de La Vega

Memorial

Era una iglesia mayor, concatedral convertida en colegiata, con su cabildo capitular de canónigos eclesiásticos y funciones administrativas o pastorales, donde había un monseñor que no era obispo, pero ejercía sus funciones como Dios manda. De alguna manera, el joven, protagonista de esta pequeña memoria vivía en ese vecindario y ejercía funciones de monaguillo. Contaba con una fuerte inclinación a las relaciones sociales y las tertulias, reunión habitual de personas que jugaban con temas ligados a la alegría, desparpajo de niños que sacaban provecho de los días de lluvia en calles recién asfaltadas.

Se requería para estar por ahí de una acendrada vocación al buen humor y cierto desprendimiento que acercaba a los contertulios al claustro eclesial como lugar para socializar, para desdoblarse en función de los otros... Psicología que se gastan los pueblos grandes y orgullosos cuando están integrados por pobladores inmigrantes de tierras cultas, profesionales con visión mediterránea y conciencia de clase.

Ya la colegiata desapareció y con ella la memoria de una época.

Hugo era aficionado a la tertulia

Inclinado a la cultura, se decantó por las ciencias; esas que en su época transformaban la materia en reacciones químicas de laboratorio. Trasladado a la universidad, se adentró glorioso en el universo del hospital de niños de la calle que alguna vez se llamó «El Camino de Santa Ana», junto a la casa de la Cruz Roja, en aquel territorio

que fue del Dr. Lugo y del Dr. Miranda, donde se practicaba la salud pública y la música clásica.

Desde entonces, se convirtió en médico dedicado y confiable cuya voluntad de servicio atraía, pues estaba además dotado de esa picaresca que parece consustancial con los nacidos en el valle de La Vega Real. ¿Será por los vientos alisios que entran por la gran bahía y atraviesan el valle hasta alcanzar el cerro mercedario que se levanta como un pedestal para declamar oraciones y metabolizar nostalgias? Mendoza hubiera definido con precisión y elocuencia lo que es el conjunto de reacciones químicas, transformaciones de materia y energía catalizadas por enzimas que se producen en los tejidos humanos!

En cierta ocasión le pregunté: ¿Qué son las enzimas? La respuesta se convirtió en gramática... enzima se escribe con «z»... De otra manera parecería que estamos sobre una mesa... son proteínas... (ver el diccionario donde las definen como elementos orgánicos solubles que provocan o aceleran una reacción bioquímica).

Era la época donde se iniciaba la pediatría, cuyos sumos sacerdotes eran tres galenos: el Dr. Miranda, el Dr. Jorge y el Dr. Santoni.

Aficionado a la conversación: la PEÑA DEL GUADALUPE en 1957 y Marañón

Eran aquellas que ocurrían en la Gran Vía en el tramo de los hoteles y teatros en tardes de primavera y en otoño o después de medio día o en el bar-cafetería del Colegio Mayor Hispanoamericano Nuestra Señora de Guadalupe, frente al Parque del Oeste, cerca de la Moncloa. Vivíamos en Madrid, y transcurría el año de 1958. Antes del almuerzo, el grupo dominicano habitualmente se reunía a comentar acontecimientos. Periche Vidal, Sánchez Lujosa, Mendoza Tapia, Sangiovani, médico y hombre de teatro; Bergés Febles y quien escribe. Esa tertulia, ampliada se repetía en la tarde. Cierta día, Gregorio Marañón fue el tema. Hugo Mendoza habló de él con profunda admiración. Era una figura legendaria de la endocrinología y la literatura. Había regresado a España en 1943 después de siete años en el exilio. Escribía y publicaba desde 1909 y para 1957, estando nosotros en Madrid, dictó una conferencia

(a la que asistimos), titulada «Los Castillos en las comunidades de Castilla». Era el mes de abril. Murió en 1960.

El Dr. Mendoza participó de aquel curso de endocrinología y nutrición (cátedra de Endocrinología de la Facultad de Medicina), que el profesor Marañón dictaba tres días a la semana, creo que en el Hospital Provincial. Muchos eran los inscritos y pocos los que asistían, porque la presencia no era obligatoria. No obstante, cuenta uno de sus biógrafos, el aula solía estar siempre llena de médicos graduados, ya españoles, ya hispanoamericanos. Marañón consideraba que, «Tratándose de una asignatura del doctorado, es inútil negar el aprobado a quienes ya son médicos, por deficientes que sean los resultados de un examen». Asistir a la consulta de Marañón, y formar parte de su grupo fue un privilegio que lo marcó para toda la vida. Esa era la visión que el Dr. Mendoza tenía y transmitía.

Hace unos días, un catedrático de historia contemporánea resaltaba el cincuentenario de la muerte de Marañón, señalando que encabezó la disidencia interna... y agregó que la exterior la asumió Unamuno desde el exilio. Agregaba que «sus estudios endocrinos, su fisiología de la emoción, componían una concepción integral del hombre y de la vida... una teoría completa de las raíces de la personalidad y la conducta humanas, fascinantes estudios del alma». (Juan Pablo Fusi).

Para esa época asistió a la *Peña del Guadalupe* fray Cipriano de Utrera, el soberbio historiador residente en el Convento Mercedario de Santo Domingo. Almorzó con nosotros algunos domingos pocas semanas antes de partir para Andalucía, donde falleció. Recuerdo con nostalgia su insistente invitación para acompañarlo un tiempo para investigar en el Archivo de Indias.

El grupo se disolvía para la cena, alternando con compañeros cuyos nombres he olvidado, pero no sus rostros. Hugo, empero, los recordaba a todos con precisión. También retenía en su memoria los días de fiesta en que abundaba el Rioja Riscal; los demás días «vino de la casa» o Sin Rival,... hasta que el tiempo se agotó.

Fernando volvió a casa. Carlos partió para Alemania. Vicente se decantó por el teatro. Roberto regresó a Nueva York. Eugenio viajó a

Texas y Oregon y Hugo permaneció en Madrid, antes de establecerse varios años en New York.

Nos reunimos de nuevo en Santo Domingo, cuatro o seis años después y reanudamos aquellos coloquios que iniciamos en Madrid y que resultaron ser uno de esos círculos virtuosos que el destino organiza de la mano misteriosa de un hijo de la Compañía de Jesús. Fuimos escogidos para una cruzada: el liderazgo que requeriría el país en algún momento. De todas maneras, esa trampa que el destino nos deparó, creó una sólida cadena que por más de cincuenta años ha mantenido su armonía, fortalecida por lazos de amistad, mientras el tiempo indetenible recorría imperturbable los años hasta llegar ahora, noviembre 11 del 2009.

El Dr. Mendoza y las reuniones de los imperturbables

Aficionado al vecindario y figura clave del mismo, el Dr. Mendoza sentía la necesidad de socializar; El conversatorio de El Vergel fue para él un locutorio integrado por caballeros y damas imperturbables: Reyes Vélez y su esposa, doña Fran; Tomás Troncoso, a quien no puedo separar de la figura venerable de su abuelo Don Parmenio Troncoso de la Concha y su Colegio Santo Tomás, centro de enseñanza primaria tradicional en la capital de



Iglesia Mayor de La Vega hacia 1970.
Fuente: Emilio Rodríguez Demorizi,
Lugares y Monumentos Históricos de Santo Domingo.



El autor ante el Gobernador de Oregon Robert D. Holmes. 1959.

la República para 1940. Tomás cruzaba antes o después mientras un solemne magistrado, miembro de la Suprema Corte de Justicia, don Pedro Romero Confesor, se acomodaba en el centro de una media luna buscando la penumbra del toldo de una marquesina. Otros vecinos nos uníamos al conversatorio vecinal y el coro crecía hasta formar una pequeña multitud. El Dr. Mendoza, en proceso de retiro, aquejado por una polineuritis que él dominó conservando su buen humor, ya había limitado su consulta, cosa que le permitió asistir con mayor asiduidad y acompañado por su esposa doña Rosa. Todavía, el «gran maestro» de ese grupo ocupa su esquina día tras día.

La rutina de las tertulias, de las peñas, las reuniones y conversatorios los sábados, a las doce del meridiano en la galería de los Mendoza, se multiplicaron en el año 2009 y se agotaron en el 2010. Los avances tecnológicos también. Ahora se practican en las redes sociales de Internet, como MySpace, Facebook, Flickr y Twitter.

Fue una pena que el Dr. Mendoza no haya podido escribir sus memorias. En ellas hubiera podido relatar, como lo hizo el Dr. Peter, pasajes que muchos escuchamos en plan coloquial, en aquellas reuniones informales. Ahora sería necesario echar mano de un género más complejo: la biografía, que debería escribirse para recordarlo conjuntamente con sus coetáneos en pediatría e investigación, como lo hizo Teo Gautier, cuyos trabajos aparecieron en revistas y libros especializados, junto a los de él.

Si hubiera tenido tiempo, seguramente el Dr. Mendoza estaría participando de la versión digital de la tertulia. Él aprendió en su Vega natal y practicó con éxito, el arte de transmitir cuentos, historias y uno que otro chiste de esos que se generan en cualquier lugar y en cualquier momento. Por encima de la claridad de su pensamiento conceptual y de su voluntad de servicio, echamos de menos el hábito inquebrantablemente claro de la amistad y su insuperable vocación por el diálogo culto.

Termino, no sin antes señalar que en otra ocasión debo recapitular la presencia de Hugo en Nueva York, en aquel hospital de *Jackson Heights* en *Queens*, hasta su regreso a Santo Domingo donde fue designado en la Dirección del Hospital de niños Robert Reid Cabral en 1963.

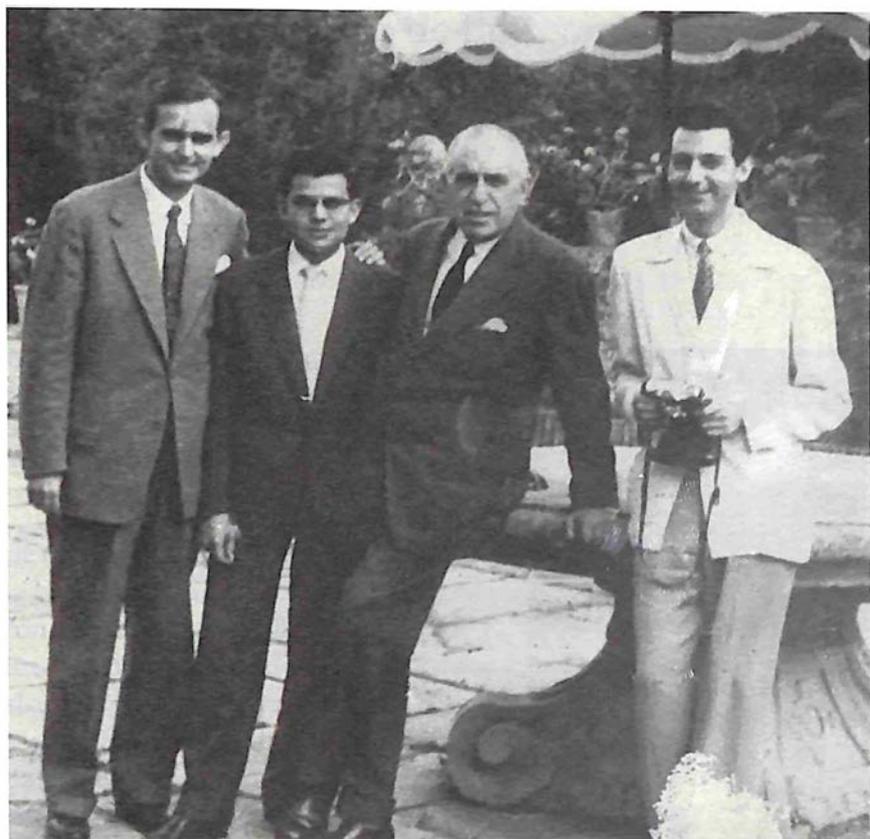
Debo recordar también la vecindad en la calle Dr. Báez, frente al Palacio Nacional hasta 1965, cuando una bomba cayó sobre la casa en que vivía, mientras francotiradores disparaban desde los alrededores rodeados por tropas brasileñas.



Primera fila, de izquierda a derecha, Dr. Teófilo Gautier; Dr. Manuel Suárez, (España); Dr. Agustín Castellanos, (Cuba); Dr. Armando Franco, (México); Dr. Rafael Miranda. Detrás, segunda fila, Dr. Hugo Mendoza, Dr. Emil Kasse Acta y Dr. José Rodríguez Rib, (República Dominicana).



1957: Madrid. El Dr. Mendoza comenta que por fin se pudo retratar el grupo de dominicanos del Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe, integrado por el Ing. Sánchez Pujobsa, el Ing. Fernando Periche Vidal, el Arq. Roberto Bergés Febres, el Dr. Vicente Sangiovani, el Dr. Hugo Mendoza y el Arq. Eugenio Pérez Montás.



1957. De izquierda a derecha, Dr. Hugo Mendoza, (República Dominicana); Carlos Chávez (Perú); Dr. Gregorio Marañón (España) y Dr. Enrique Dulanto (México).